

CATALUÑA

Si, ya sé, aludir al título de la novela de Nabokov para hablar de Ada Colau es casi una obviedad. Pero no veo otra manera de describir con más precisión la narrativa que ha propuesto el bloque de los comuns para las elecciones del próximo 21 de diciembre. Ante el ardor coercitivo de la aplicación del artículo 155 y el ardor mesiánico del independentismo unilateralista, Ada Colau —que no se presenta como cabeza de lista pero cuya figura concurre simbólicamente a varios niveles en estas elecciones— emerge como una especie de ángel salvador alejado de los dos calores insoportables.

Se trata de una narrativa favorable para la figura de Colau: la presenta como alguien que cultiva la virtud de la razonabilidad, de la templanza, frente a la desproporción de los demás.

Pero la realidad es más cruel. Ada o el ardor no parece ser tanto una elección meditada de los comuns como el único espacio electoral que nadie está explotando. Incapaz de construir un perfil propio en el *procés* por la incomodidad que genera entre su gente los términos binarios sobre los que aquél está construido, a Colau no le queda más remedio que dejar que sean los supuestos dos bloques —los dos ardores— los que construyan su perfil. “Ada o el ardor” es el remanente que deja la DUI del 27 de septiembre y la adhesión del PSOE a la aplicación del artículo 155 de la Constitución. Lo que en un principio pudiera parecer una virtud —presentarse como un punto intermedio temperado entre dos extremos— termina por ser una necesidad. Y, en política, tiene recompensa hacer de la necesidad, virtud; al revés, como sugieren las encuestas, más bien pálidas para los intereses

de los comuns, no acostumbra a funcionar.

Por ello, “Ada o el ardor” no es una estrategia ganadora en ningún sentido. Es una estrategia, en el mejor de los casos, para la supervivencia hasta que pase la tormenta. Sin la iniciativa —y en el eje catalán Colau no la tiene— los compromisos políticos que uno adquiere están básicamente orientados a minimizar los daños para que éstos no se conviertan en letales.

Lo tienen difícil los comuns para salir de esta situación. El *procés* es una máquina de destruir partidos políticos que fueron creados —entre otras co-

Ada o el ardor

PAU LUQUE

La esperanza de los comuns es que el ‘*procés*’ termine, lo que no garantiza que las cosas irán mejor porque sería razonable que se reconstruyera el PSC

— para no tener que decidir en los términos que han configurado la semántica de la política catalana estos últimos cinco años. La esperanza de los comuns es que el *procés* termine. Pero tampoco esto garantiza que las cosas irán mejor, pues sin el *procés* eso que los independentistas llaman bloque del 155 (y cuya heterogeneidad invita en realidad a abandonar la etiqueta) se diluye y resulta razonable prever la reconstrucción del PSC, con el que aparentemente los comuns comparten potenciales votantes. Dado que el PSC aún conserva mucho poder en el área metropolitana, no es improba-

ble que en un futuro no tan lejano esté en condiciones de disputar e incluso arrebatar el espacio de los comuns en Barcelona.

En este sentido, la ventaja del PSC será que habrá entendido mejor la lección del leninismo: el poder también consiste en ocupar espacios institucionales, en ir ganando terreno e influencia en aquellos lugares que son centros de toma de decisiones políticas. Los comuns, quizá porque se han centrado mucho en una concepción del poder político que va desde abajo hacia arriba, a ratos parecen olvidar la vieja lección de Lenin. No se puede entender de ningún otro modo un movimiento tan torpe, desde el punto de vista estratégico, como el de romper el pacto de gobierno en Barcelona, pacto que constituía, a medio plazo, la manera más natural de adquirir influencia en el área metropolitana, que es, creo, donde más pueden crecer.

Se entrevisté en ese movimiento un acercamiento a ERC que quizá se traduzca en acuerdos en la Generalitat y en el Ayuntamiento. Quizá se está ensayando un reparto: Cataluña para ERC, Barcelona para Ada Colau. Pero ERC es un partido volátil, con una concepción sentimental de la política que contamina todo lo que toca con el virus de la inestabilidad. Si ese es el principal compañero de fatigas de Ada Colau, es probable que le ocurra lo mismo que le ocurrió a Maragall, a Montilla, a Convergència y, ahora, al PDeCat, que se apoyaron sobre ERC y terminaron devorados por la histeria en la que parece instalarse la política catalana cada vez que ERC se acerca al poder.

Pau Luque es profesor de Filosofía del Derecho en la UNAM.



La alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, y el líder del PSC, Jaume Collboni, en un Pleno del Ayuntamiento. / M. M.

JESSICA MOUZO. **Barcelona**
Ari lo logró. No está aquí para verlo, pero su sueño se ha hecho realidad: el tratamiento CAR-T, una terapia génica experimental para tratar algunos tumores hematológicos, ha llegado al hospital Clínic de Barcelona. La joven, afectada por una leucemia linfoblástica aguda y fallecida en septiembre de 2016, fue la artífice de un proyecto solidario que, alrededor de su nombre —ARI, Asistencia Recerca Intensiva—, ha logrado recaudar más de un millón de euros para llevar al Clínic este tratamiento experimental.

Los CAR-T (Chimeric Antigen Receptor-T) son unas células del sistema inmune (linfocitos T) que son reprogramadas genéticamente para atacar solo las células tumorales. El proyecto CAR-T consiste en extraer esos linfocitos T del paciente, modificarlos en el laboratorio —les agregan un virus con tres tipos de genes diseñados para reconocer y atacar las células cancerosas— y trasfundirlos de nuevo al organismo del paciente para que maten las células malignas sin dañar las sanas. Los expertos sostienen que este tratamiento es capaz de eliminar, hasta en un 85% de los casos, la leucemia linfoblástica aguda resistente a terapias convencionales.

El proyecto solidario Ari consigue fondos para que el hospital trate a 10 pacientes con un tratamiento experimental

La terapia génica contra la leucemia llega al Clínic



Ari (dcha.), en la presentación de su campaña en febrero de 2016. / CLÍNIC

Cuando presentó el proyecto solidario en febrero de 2016, Ari Benedé sonreía emocionada. Quería conseguir llevar el CAR-T al Clínic y mejorar la atención domiciliaria de pacientes como ella. “Todo esto surge de la fuerza de Ari”, decía entonces su madre, Angela Jover. Ella falleció pocos meses después por las complicaciones de un trasplante de médula ósea, pero a través de conciertos, carreras o cenas solidarias, “la fuerza de Ari” ha logrado recaudar 1,1 millones de euros.

Hasta ahora, el CAR-T solo se comercializa en Estados Unidos y a un coste elevadísimo (hasta 470.000 dólares). En Europa todavía no está en el mercado pero el montante recaudado por el proyecto Ari ha permitido al Clínic probar su propio CAR-T [es el mismo mecanismo pero utilizando un anticuerpo distinto a los comercializados] en un ensayo clínico con 10 pacientes. “Con nuestro CAR-T podemos tratar cualquier enfermedad cuyas células malignas expresen la molécula CD19. En nuestro ensayo incluimos ocho adultos y dos niños con linfomas no hodgkin o leucemias linfoides agudas o crónicas”, explica el doctor Julio Delgado, hematólogo del Clínic. Los únicos requisitos que se han tenido en

cuenta son que fuesen pacientes con algunas de estas dolencias y sin alternativas terapéuticas.

El ensayo ha empezado hace cuatro meses y la cosa pinta bien, aunque es temprano, matizan los médicos, para sacar conclusiones. “Nuestro CAR-T se está comportando como lo publicado por otros grupos americanos. Consigue eliminar la enfermedad. Es eficaz y seguro”, sostiene el doctor Álvaro Urbano-Ispizua, director del Instituto Clínic de enfermedades hemato-oncológicas. Sin embargo, agrega, este CAR-T todavía no está preparado para “hacer un uso libre de él” y apuesta por incluir otros 20 pacientes para “afinar” más la eficacia y la seguridad a largo plazo.

Los médicos sostienen que el CAR-T es “un medicamento vivo” porque además de conseguir limpiar la leucemia en pacientes sin más alternativas terapéuticas, estos linfocitos T reprogramados, perduran en el tiempo. No saben cuánto, pero tienen memoria. “Hay casos tratados en 2010 ahora libres de la enfermedad y aún se les detecta el CAR-T”, apunta el inmunólogo Manel Juan.

El Clínic busca ahora más financiación para ampliar el ensayo. Unos 150 catalanes al año serían tributarios de esta terapia.